

¡Tierra y Libertad!

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 peseta
Suscripción: España un trimestre. 1'00 »
Extranjero . . . 1'50 »

El 18 de Marzo

Estamos en el aniversario de la *Commune* de París.

En aquel grandioso acontecimiento la burguesía hizo alarde de su sanguinaria ceguera antiprogresiva, y el proletariado practicó el primer intento de revolución social.

A cargo de la responsabilidad burguesa, simbolizada en la figurilla de Thiers, queda la memoria de la represión más cruel que registra la historia; para gloria del proletariado queda el recuerdo de las demostraciones de fraternidad internacional, como el derribo de la columna de Vendôme, y la tendencia reivindicativa y comunista consistente en esta declaración: «¡la tierra al agricultor, el instrumento de trabajo al obrero, el trabajo para todos!»

Recientes estaban entonces las manifestaciones transformadoras y revolucionarias de la Asociación Internacional de los Trabajadores, y no había habido tiempo aún de que los mixtificadores, los utilitarios, los ambiciosos, los desviadores de siempre, los profesionales de la política, se presentaran con argucias y sofismas a dividir, a inutilizar, para poder fácilmente usurpar y dirigir.

Los trabajadores de París percibieron el ideal, por él dieron su vida y, por un sacrificio que enrojeció con sangre el caudaloso Sena, merecieron gloriosa mención histórica.

Han pasado 39 años: dada la mentalidad obrera actual, si se presentaran hoy circunstancias materiales análogas a las de aquellos días, ¿qué sucedería?

El problema tiene importancia, no porque exista probabilidad próxima ni remota de que un ejército invasor vuelva a sitiar a París, sino como medio de medir el avance dado en el camino del progreso.

Ante todo el capitalismo sigue en pie y continúa usurpando el patrimonio universal; es dueño de cuantos bienes apropiables constituyen la riqueza natural; es usufructuario exclusivo de cuantos tesoros de conocimiento y de aplicación representan la ciencia y la industria; es monopolizador del dinero, que le da el saber, el poder y el gozar.

Como consecuencia, ante una clase que encauza por el cercado canal de la propiedad todos los manantiales de vida, el proletariado continúa excluido, postergado, reducido a condición servil.

La humanidad no se ha humanizado por la igualdad; lejos de ello, la burguesía paga con dinero, con honores y con posiciones elevadas a cuantos filósofos, discurren y dogmatizan la desigualdad: estadistas, filósofos, economistas, políticos, historiadores, artistas, obreros ilustrados y otros farsantes, a quienes se debe la confusión introducida entre los trabajadores con las llamadas ideas prácticas, el socialismo científico, la democracia social, los partidos obreros, la cooperación, los patronatos, la superhombria y otras mil mentiras y añagazas, juntas con la persecución autoritaria, las confidencias, la impertinencia policiaca y el horrible pacto del hambre, han reducido la potencia intelectual y activa del proletariado a su menor expresión, y la burguesía triunfa en los pináculos de todas las naciones.

Mister Taft y Eduardo VII, M. Fallières y el padrecito de Rusia, el emperador de Alemania y el príncipe de Mónaco, todos los que en todo el mundo dan su busto a la moneda en todas partes son símbolos de aquel poder que se consigna en el Registro de la Propiedad y que tiene sujeto al trabajador por algo que es más fuerte aún que esos ejércitos que constan de millones de hombres armados con las más poderosas armas destructoras, por un poder que hipócritamente se oculta bajo un nombre casi desconocido, tímido e inofensivo, por el DERECHO DE ACCESION, cadena infame, terrible, que desde la antigüedad romana existe, y existe aún vigoroso y fuerte, y existirá hasta que el mismo proletariado, emancipado intelectualmente de sus maestros religiosos, políticos y económicos y en disposición de rechazar todo género de embaucadores, la rompa por sí mismo.

Diffícil tarea la de los verdaderos continuadores de aquellos emancipadores y liber-

adores de París. Más difícil aún si se considera que a La Internacional ha venido a sucederle, pretendiendo continuar su obra, ese socialismo parlamentario que es, respecto de aquélla, lo que el catolicismo es a la doctrina evangélica.

Así y todo el progreso no es vana palabra; pero conste que se progresa porque ante todo el que retrocede y se estaciona hay quien progresa, y porque un conjunto de causas que se mueven, empujan y arrojan obstáculos abre libre vía y se va marchando adelante.

¡Adelante siempre!

¡Salud, emancipadores de París en 1871!

La pedagogía del privilegio

No existen más que escuelas legales e ilegales; escuelas en que se cometen delitos y escuelas en que no se cometen. Como las escuelas no pueden delinquir, no clausuraré ninguna, más que por motivos de higiene; aparte de que es inhumano y nos desprestigia ante Europa el hecho de clausurar escuelas en un país donde hacen falta cerca de 10.000 para cubrir la modesta tasa de la ley de 1857; pero en cambio será inexorable con aquellos maestros que forzando la conciencia de los niños les inculcan principios contrarios a la integridad de la patria, a la moral y a las leyes, siguiendo en esto el ejemplo dado recientemente por la República francesa.

ROMANONES

Maura, conservador, nos fusilaba, y a no haber tenido el tropiezo con Europa, de muy buena gana habría fusilado a todos los anarquistas conocidos y a los que se hubiesen ido dando a conocer en toda la faz del planeta.

El actual ministro de Instrucción pública, el liberal Romanones, nos coloca en el dilema de pervertir, según nuestra modesta opinión, que vale tanto como la del que más derecho se crea a imponer la suya, a nuestros hijos, enviándoles a las escuelas del Estado, ó dejar que anden por estas calles hechos unos borricotes a falta de escuelas propias que no se nos consienten, lo cual es un modo como otro cualquiera para acabar con los anarquistas en perspectiva.

Los socialistas de Cataluña, secundados por los del extranjero, se proponen nada menos que «extinguir el mayor y el más grande foco del anarquismo en Europa», ó sea, de Cataluña, y aunque nos dicen que su propósito no irá cargado de más metralla que la periodística, sospechamos que a estar en el poder pondrían en práctica el deseo de aquel compañero suyo francés llamado Chauvin que quería nada menos que «fusilarlos», sin duda para que se tocaran los extremos, de Maura a Bebel, que quería «negar el pan» a los que no obedecieran en la sociedad socialista.

¿Podremos resistir esta confabulación de malas intenciones? ¿Se puede, señores, vivir? Digasenos pronto, porque estamos con el alma... católica en un hilo.

Curiosísimo el criterio de todos estos que han sido ó se dicen presentemente liberales. Son liberales, muy liberales, archiliberales, pero dejados que se encaramen en el poder, en el gobierno de los pueblos, y veréis prontamente como el principio de autoridad hace surgir enseguida el dogma que encierra y achicharra herejes y cismáticos. So pretexto de un derecho divino que no asoma por parte alguna ó a pretexto de una «ley» de mayorías que tampoco acertamos a ver, convierten con la mayor facilidad del mundo determinadas creencias y sentimientos en un tabú sagrado é infalible que ¡ay de aquel que se atreve a impugnarlo ó desconocerlo!

Causarla risa, sino fuese doloroso para el buen sentido, esta pretendida infalibilidad religiosa ó laica de gentes que no escuchan, mandan; no discuten, pegan; no argumentan, encarcelan y achicharran a sus contrarios. Están al nivel mental de aquel salvaje papúa de que habla Ferrero, que preguntado para que diera su opinión sobre el bien y el mal respondió: es un bien cuando me apodero de la mujer de mi vecino, es un mal cuando el vecino se apodera de la mía.

A todos estos señores les va muy bien con las enseñanzas religiosas, autoritarias, patrióticas y económicas que dan a los pueblos, y, claro está, todo esto constituye el bien, la verdad y la sabiduría. No hay un más allá. Pero que venga el vecino a decirles que todo esto no es el bien, ni la verdad,

ni la sabiduría, porque no se ha dicho todavía la última palabra en materia de convivencia social, ni se dirá tampoco, porque la noción del bien y la verdad y el saber están en continua formación, y su mentalidad de primitivos discurre como el papúa: el vecino quiere apoderarse de mi mujer y de mis bienes... *Vade retro* el vecino. En vano éste se lamentará de no poseer ni mujer ni bienes y en vano reclamará. Y si cansado de perder el tiempo en reclamaciones se dispone a agenciarse por sí mismo lo que le falte, no habrá bastantes fuegos en el cielo y sobre todo en la tierra para aniquilar al réprobo. Historia vieja.

No en vano se ha dicho que el sentido común es el menos común de los sentidos. A nuestro ministro de Instrucción pública, muy liberal, le falta el buen sentido. Ha lanzado el anatema y se dispone a arrojar el rayo. El católico puede tener sus escuelas, el protestante las suyas, también el republicano, el ateo inclusive; únicamente el anarquista no puede tener las suyas. Queda abolido su derecho. Quisiéramos saber que pensaría el liberal pedagogo que nos gobierna de una mayoría anarquista que pretendiera arrebatarse el derecho a dar a sus hijos las ideas y sentimientos que tiene por verdaderos. Pero ya hemos dicho que el papúa no discurre. La pregunta sería ociosa. Nunca se ha podido hacer entrar en razón a los dioses y a los locos. Es mundo cerebral aparte. Y toda la burguesía actual es papúa. Los que yo pertenecemos a la infalible clase burguesa, somos todavía la «cosa» manejable y moldeable a voluntad de esta clase que se ha repartido al mundo y ha visto que el mundo social que creó era bueno.

Y porque lo cree bueno el flamante pedagogo que nos gobierna, cierra contra nosotros y se dispone a hacer reformas pedagógicas que dejen el mundo tal como lo creó el egoísmo de clase burgués. Reformas que no vendrán, por supuesto. No vendrán por aquello que escribió el profesor Rafael Altamira en su libro *España en América*, página 258.

«El primer deber de una persona que sinceramente se interese por la enseñanza y quiera ir a trabajar por ella desde el gobierno, consiste en poner como condición irremplazable el aumento del presupuesto. Debe entrar en el poder con el pacto expreso y taxativo de que se le concederá el dinero que necesita; y si llegado el caso no se lo dan, ó por mezquindades del financiero de turno ó por exigencias toleradas de los compañeros de gabinete, su dimisión irrevocable no ha de tardar veinticuatro horas. Si hubiese dos ó tres políticos que hiciesen esto uno tras otro, el país llegaría a comprender la verdad de lo que está pasando: que la mayoría de nuestros hombres públicos no quiere que el país se instruya y se eduque, que no cree en la eficacia de ese medio para hacer de España una nación moderna, y que en el fondo, a pesar de todos los ditirambos al uso, cuando llega la ocasión... retórica de hablar de enseñanza, les falta la convicción íntima del valor real que tiene la cultura, el amor intenso que se necesita para luchar de veras por su difusión y seguir con tenacidad, día tras día, un plan previamente pensado para lograr ese fin.»

He aquí el por qué de la inquina de la burguesía y de sus representantes en el gobierno contra las escuelas de los anarquistas: no quieren que el país se instruya y se eduque. Saben muy bien que se vendría abajo el mundo bueno que creó su infalibilidad. De todos modos se vendrá abajo con ó sin escuelas fundadas por anarquistas. Viviremos, a pesar de la mala voluntad de estos señores que se dan la mano, de uno a otro extremo político, para ahogar sus voces. Nuestras razones minarán esta infalibilidad del Estado moderno, de igual modo que otras razones minaron la infalibilidad papal. Cuestión de más ó menos tiempo. No se pueden poner puertas al campo ni a la voluntad humana. ¿Qué conseguirán, pues, con retardar el momento fatal? ¿Hacer que lo catastrófico sea más inevitable? Están ciegos. El papúa que llevan dentro no les deja ver una cosa: que este mundo social no es bueno para la clase proletaria y que la pasividad y resignación del esclavo moderno tendrán un término como la tuvieron las del esclavo antiguo. Los hombres de la burguesía que piensan: «detrás de mí, el diluvio», no ven

que están preparando un negro porvenir a sus descendientes. Pedagogía que se infalibiliza, pedagogía muerta. Privilegio a lo papúa, injusticia segura. Y las injusticias y el desconocimiento de los derechos individuales ya sabemos lo que pueden traer.

Ayer y hoy

Ahora precisamente que tan entronizada está la tiranía en todos los órdenes y que tanto se habla de libertad y de justicia, nos viene a la memoria la oración de Marco Bruto al pueblo romano, cuando compareció ante el senado a explicar su conducta, al dar muerte al César:

Helo aquí:
«Ciudadanos de Roma: Las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta mano, de vasallos os vuelve a compañeros. La libertad que os dió mi antecesor Julio Bruto contra Tarquino, os da Marco Bruto contra Julio César. De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento sino vuestra aprobación. Yo nunca fui enemigo de Julio César, sino de sus designios; antes tan favorecido, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos sino hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabedoras de mi intención la envidia ni la venganza. Confieso que César, por su valentía y por su sangre y su eminencia en el arte militar y en las letras, mereció que le diera vuestra liberalidad los mayores puestos; mas también afirmo que mereció la muerte, porque quiso antes tomároslos con el poder de darlos, que merecerlos: por esto no lo he matado sin lágrimas. Yo lloré lo que él mató en sí, que fué la lealtad a vosotros, la obediencia a los padres. No lloré su vida porque supe llorar su alma. Pompeyo dió la muerte a mi padre; y aborreciéndole como a homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos y en Farsalia me perdí con él.

«Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome a los demás, y benefició mis intereses. Me querido traeros estos dos sucesos a la memoria, para que veáis que ni en Pompeyo me aparté de vuestro servicio ni agravio, ni en César me granjearon contra vosotros las caricias y favores. Muirió Pompeyo por vuestra dicha, vivió César por vuestra ruina; matéle yo por vuestra libertad. Si esto juzgáis por delito, con vanidad lo confieso, si por beneficio con humildad os lo propongo. No temo el morir por mi patria; que primero decreté mi muerte que la de César. Juntos estáis, y yo en vuestro poder; quien se juzgase indigno de la libertad que le doy, arrojéme su puñal; que a mí me será doblada gloria morir por haber muerto al tirano. Y si os provocan a compasión las heridas de César, recorred todas vuestras parentelas, y vereis cómo por él habéis degollado vuestros linajes y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con las de sus padres habéis manchado las campañas y calentado los puñales. Esto que no pude estorbar y procurar defender, he castigado. Si me hacéis cargo de la muerte de un hombre, yo os lo hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos: si merezco pena, no me la perdonéis; si premio yo os lo perdono.»

Esto dijo Marco Bruto al pueblo, caliente aun en la hoja de su puñal la sangre del tirano que convirtió Roma en un estercolero y al mundo en una apoteosis del vicio.

¡Dichosos tiempos y feliz edad aquella en que, si había tiranos corruptores, no faltaban hombres de corazón que les eliminaran de la lista de los vivos!

¡Parece mentira que, existiendo aun, en todas partes un César que actúe de tirano no haya ningún Bruto que ejerza de libertador!

El mundo es nuestro

Si no fuera bastante a demostrar que el mundo es nuestro la superioridad del ideal anarquista y la convicción y firmeza con que es sostenido por sus propagandistas, así como el entusiasmo con que es aceptado por los que en él llegan a iniciarse, lo sería el ver el ridículo espectáculo de las clases reaccionarias que utilizan todos los medios a su alcance para impedir el avance impetuoso de los anhelos de emancipación de que está poseído el proletariado.

La burguesía, reaccionaria por espíritu de conservación, no solamente no observa el actual momento de ansias de lucha por parte de los oprimidos, sino que ó no quiere ver ó quedó cegada por los resplandores que en el mes de julio se desprendían de los incendios de iglesias y conventos, como segundo aldabonazo dado por los hambrientos de pan y libertad a la puerta de los inculcadores y sostenedores de la presente injusticia social.

En momentos críticos para ellos han comenzado la tarea. Creyeron que con la infame represión que sucedió a los sucesos de julio mataban el espíritu liberal propio de los actuales tiempos y, ciegos como siempre, no se dieron cuenta de que no hay